

todas las religiones son buenas. ¿Será pues, indiferente, practicar una religion que prohíba bajo penas eternas, atentar contra la vida del hombre, ó otra que mande inmolar los hombres á millares? ¿Serán iguales una religion, que proteja al infante como á la niña de los ojos, y otra que mande á los padres presentar este sér querido al cuchillo del sacrificador, ó arrojarlo vivo en los brazos de una estátua incandescente? ¿Son del mismo modo buenas, una religion que condene hasta un pensamiento malo, y otra que haga de la prostitucion pública una parte de su culto? ¿una religion que diga: *No tomarás, ni siquiera codiciarás los bienes ajenos*, y otra que adore divinidades protectoras de los ladrones?

Todos estos horrores se cometen hoy mismo á la distancia de algunos cientos de leguas de las costas de las naciones civilizadas? ¡Y la Europa cristiana, que tiene millares de soldados para hacer guerra al Papa, no tiene ni uno solo para hacer respetar las más santas leyes de humanidad! Una sola cosa ha librado á Europa de crueldades semejantes, una sola cosa impide que vuelvan sobre ella; el cristianismo! ¡Y tenemos hoy en Europa millares y millares de hombres, que no tienen boca sino para insultar al cristianismo, ni pluma sino para calumniarlo, ni manos sino para abofetearlo! ¡Ingratos! que sin el cristianismo, habrian sido tal vez ofrecidos como víctimas á algun Ghezo, ó quemados en un canasto de mimbrés en honor de algun Teutates.

CAPITULO XXI.

(OTRA CONTINUACION DEL ANTERIOR).

SUMARIO.—Nuevo rasgo de paralelismo entre la religion de la Ciudad del bien y la de la Ciudad del mal: la manducacion de la víctima.—La antropofagia: su causa.—Carta de un misionero de Africa: historia de un sacrificio humano con manducacion de la víctima.—Otros testimonios.—La antropofagia entre los antiguos: pruebas.—Otro rasgo de paralelismo: el sacrificio mandado por Dios y tambien por Satanás.—Pruebas de razon.—Testimonio de Eusebio.—Tiranía de Satanás para obtener víctimas humanas: pasajes de Dionisio de Halicarnaso y de Deodoro de Sicilia.

No es solamente en la institucion del sacrificio, en lo que el rey de la Ciudad del mal remeda al de la Ciudad del bien; sino además, en las circunstancias que acompañan al sacrificio y en la inspiracion misteriosa que lo manda.

Conocidas son la purificacion, abstinencia y preparacion, que en la Ciudad de Dios han precedido siempre á la ofrenda del sacrificio. Se conocen igualmente los trasportes de alegría, cantares, danzas y músicas sagradas, que lo acompañaban en el antiguo pueblo de Dios, así como el regocijo y la pompa de que el pueblo de la ley nueva lo rodea en las grandes solemnidades.

Inútil parece probar, que todo esto se encuentra, sin quitar nada, si bien desfigurado, en la Ciudad del mal. El hecho es conocido de quien quiera que tenga la más ligera noción de la antigüedad pagana (1). Pero hay otro, que nos

1. Véase entre otros, el *Theatrum magnum vitæ humanæ*, art. *Sacerdotes*.

parece que exige una explicacion particular. Entre todas las condiciones del sacrificio la más universal, porque es la más importante, es la participacion de la víctima por la manducacion. Hemos dicho, que esta manducacion es materia, moral ó figurativa. A imitacion del verdadero Dios, Satanás la quiere tambien para sí. Conforme exige víctimas humanas, exige frecuentemente de sus adoradores, que participen del abominable sacrificio, comiendo realmente de él. De aquí la antropofagia.

Que la antropofagia, en general, sea debida á una inspiracion satánica, nos parece fácil de probar con un razonamiento perentorio. La antropofagia es un hecho. Todo hecho tiene una causa. La causa de la antropofagia es natural ó sobrenatural.

Seria natural, si se encontrase en los instintos de la naturaleza, ó en las luces de la razon. Pues bien, el instinto natural está tan lejos de inclinar al hombre á que coma carne de hombre, que en una ciudad sitiada, por ejemplo, ó en un barco, falto de todo medio de subsistencia, solo en el último extremo, y nunca sin extrema repugnancia, se decide el hombre á alimentarse de su semejante, por salvar su propia vida.

La razon no encuentra en su conocimiento nada absolutamente que mande, ni apruebe, ni mucho menos que glorifique semejante accion. ¿Qué digo? Apenas en ciertos extremos llega á excusarla. Así, no hay nadie, que no experimente un sentimiento de horror, al leer en la historia los hechos, muy raros por fortuna, de antropofagia, aun en los casos en que parece impuesta por las circunstancias. Se lamenta, se deplora; pero aplaudirla, jamás.

Si la causa de la antropofagia no es natural, tiene, pues, que ser sobrenatural. Dos clases hay de sobrenatural: divi-

no y satánico. ¿Encontraremos en el primero la causa de la antropofagia? Evidentemente no: Dios la condena. A no admitir, pues, un efecto sin causa, hay que atribuirla al segundo, es decir, al enemigo eterno del hombre. El es, en efecto, su inspirador; él, cuya infernal malicia pervierte todos los instintos de la naturaleza y apaga todas las luces de la razon, hasta el punto de que el hombre llegue á encontrar placer en un acto, que es el trastorno más completo de las leyes divinas y humanas.

Volveremos sobre este hecho. Por ahora, debemos ocuparnos de la antropofagia, considerada como apéndice obligado del sacrificio. La antigüedad nos la muestra practicada entre los Basaros, pueblo de Libia. "Habian imitado los sacrificios de los Taúrios, dice Porfirio, y comian la carne de los hombres sacrificados. ¿Quién ignora que tras estas odiosas comidas entraban en furor contra sí mismos y se mordian mutuamente; y que no cesaron de alimentarse de sangre, hasta que los primeros que introdujeron esta especie de sacrificios (los demonios) llegaron á destruir la raza? (1)"

En la misma forma se ha encontrado la antropofagia entre la mayor parte de los salvajes del nuevo mundo; dura todavía en la Oceanía y en el Africa central. Por no hacernos difusos, citaremos un solo ejemplo. El día 18 de Octubre de 1861 un misionero que habia pasado doce años en la costa accidental de Africa, nos contaba en París, y despues tuvo la bondad de darnos por escrito lo que sigue:

"En Setiembre de 1850 me encontraba yo en los lugares mismos, donde se hace el sacrificio de que os acabo de hablar. Hay que advertir, que esto no es allí un hecho aisla-

1. *De abstín.* lib. II, 1, 56.

do; sino que este género de sacrificios es de un uso muy frecuente.

“Era la víctima un gallardo jóven, cogido en un pueblo vecino. Durante quince dias, le tuvieron atado de piés y manos al tronco de un árbol en medio de las casas del pueblo. Conociendo la suerte que le esperaba, en la noche del día catorce al quince hizo un esfuerzo supremo por desatarse de sus ligaduras, y lo consiguió. Perdido despues, llegó antes de amanecer á un puesto frances. Nadie entendía su lengua; lo tomaron por esclavo fugitivo, y lo entregaron sin dificultad á los negros, que habiendo salido en su persecucion, no tardaron en reclamarlo. Vuelto al lugar, se decidió el sacrificio para el mismo día, que era un viérnes, y se verificó de la manera acostumbrada.

“Atan á la víctima y la sientan en una piedra á manera de altar, en medio de una gran plaza. Al rededor de la plaza hay muchas marmitas al fuego, llenas de agua. Una música ruidosa, con acompañamiento de numerosos *tamtams*, ocupa una de las extremidades de la plaza y espera la señal. La gente del pueblo y de los otros vecinos, frecuentemente en número de tres ó cuatro mil personas, en traje de fiesta, se coloca en círculo al rededor de la víctima. Es esto en pequeño lo que los anfiteatros romanos.

“A una señal dada, la música, los tamtams y el griterío de la turba llenan el aire de un ruido infernal: es el anuncio del sacrificio. Los sacrificadores se acercan á la víctima, armados de unos malos cuchillos y comienzan su atroz ministerio. Segun los gritos, la víctima debe ser despedazada viva y por las articulaciones. Se empieza por la mano de recha que se separa del brazo, cortando la articulacion del puño. De ella se pasa al pié izquierdo, que se corta por debajo del tobillo. Despues se van á la mano izquierda y al

pié derecho. De los puños suben á los codos; luego, bajan á las rodillas: cortadas de rodillas, cortan los hombros; y detrás los muslos, siempre alternando un lado con otro, hasta que no queda más que el tronco con la cabeza. De esta manera fué inmolado aquel mozo miserable.

“A medida que caen los miembros de la víctima, los llevan á los calderos de agua hirviendo. Se concluye la operacion cortándole, ó mejor dicho, aserrándole la cabeza, que se tira á medió de la plaza. Entonces comienza un espectáculo, del cual nada hay que pueda dar la más pálida idea. Los espectadores parecen arrebatados de un furor diabólico. Al son de una música horriblemente discordante, entre el ruido de vociferaciones, que de todo parecen menos de hombre, desgreñadas las mujeres, desfigurados los hombres por yo [no sé qué magica embriaguez, se entregan á unas danzas, ó mejor dicho, á ciertas contorsiones horripilantes. La infernal ronda no está sujeta á otra regla, que á la obligacion, que tiene todo el que danza, de dar un puntapié, danzando y sin pararse, á la cabeza de la víctima, que se hace así rodar por toda la plaza, y de coger con un cuchillo, al pasar cerca de los calderos, un pedazo de la carne, que se come con voracidad de tigre. Creen, que con esto aplacan al irritado fetiche.”

Bajo una forma paliada, la antropofagia religiosa se manifiesta en los festines, que siguen á la victoria. Tan perfectamente comprende el hombre, que otros séres superiores lo dirigen, que sin distincion de razas, climas ó civilizacion, todos los pueblos celebran con fiestas religiosas los acontecimientos favorables, como son las victorias obtenidas en la guerra. Las naciones cristianas ofrecen á Dios en sacrificio y cantan el *Te Deum* en accion de gracias. Pero el sacrificio del hombre viene á ser la Eucaristía de los pueblos no

cristianos, y la manducacion de la carne humana el *Te Deum* del antropófago: aquí abundan los hechos.

“Antes de su conversion, los habitantes de las islas de Gambier estaban en guerra continua. Eran antropófagos hasta tal punto, que una vez, despues de una lucha sangrienta entre dos partidos, formado un enorme monton de cadáveres, los vencedores los devoraron todos en un gran festin, que duró ocho dias (1).”

Los del archipiélago Fidgi no deponen jamás las armas. “Todo el que cae en manos del vencedor, escriben los misioneros, es al momento muerto, asado y devorado. Actualmente hay una lucha, ó más bien una carnicería de este género entre Pan y Reva, en la que se renuevan todos los dias las escenas de un canibalismo, propio de bestias feroces: Innumerables piraguas van de una en otra ribera, cargadas de cuerpos muertos, que cada partido ofrece á sus sanguinarias divinidades antes de llevarlos al horno. . . En algunas islas se agrega el insulto á la crueldad. Se le corta la cabeza á la víctima; se la perfuma con aceite, se le arregla simétricamente el cabello; y cuando el cuerpo está asado, la cabeza vuelve á ocupar su sitio sobre el cuello en la mesa del festin (2).”

“En Viti-Levou, cuando llega la época de las fiestas públicas, se destina siempre algun manjar para el vencedor, como premio de su destreza. Cuando nosotros abordamos, era el cuerpo asado de un desgraciado vitiense. Yo habia sido convidado á tomar parte en la fiesta. No os será muy difícil adivinar los motivos que tuve para negarme. Fuera de esto, en esta isla y en las más próximas los festines de carne humana son muy frecuentes. Para celebrar un suce-

1. *Annales*, etc., n. 143, p. 299.

2. *Id.*, n. 115, p. 509.

so, por poco notable que sea, el rey tiene costumbre de servir á sus amigos los miembros de algunos de sus infortunados vasallos (1).”

Desde este punto de vista, la antropofagia religiosa es mucho más antigua de lo que se piensa. Ningun pueblo la ha practicado más descaradamente ni en mayor escala que los Romanos. ¿Qué eran en último resultado los combates de gladiadores y los sangrientos juegos del anfiteatro? ¿Qué eran sino vastos festines de carne humana? Al modo que entre los salvajes, se celebraban para dar gracias á los dioses por cualquier victoria. De modo que, el mismo espíritu que los mandaba en aquellos tiempos, los manda tambien hoy dia: allí, en nombre de Júpiter ó de Marte: aquí, en nombre de Fatiche ó de Manitu. El oceánico se come sus víctimas con los dientes, en tanto que el romano las devoraba con los ojos y las saboreaba con delicia. El oceánico es un salvaje inculto, y el romano era un salvaje fino. Pero lo mismo en el uno que en el otro se encuentra la sed, naturalmente inexplicable, de sangre humana (2).

Vista al través de la Roma cristiana, la antigua Roma inspira al punto repugnancia. Esos grandes Romanos, esos señores del mundo, no aparecen sino salvajes instruidos. ¿Hay entre los canibales nada más atroz, ni más abominable, ni más abyecto que la mayor parte de las costumbres religiosas, políticas ó civiles de los Romanos? ¿Se verá entre aquellos una lujuria más desenfrenada, una crueldad más infame, un culto más estúpido? ¿Qué diferencia, ni si-

1. *Annales*, etc., n. 82, p. 198.

2. Error sería creer, que la antropofagia fuera desconocida de los pueblos del mundo antiguo. Hasta el siglo noveno reinó en el Pegú, en Java y en los pueblos de la Indo-China. Los condenados á muerte y los prisioneros de guerra eran muertos y devorados: se servian pasteles de carne humana. Carta de Mr. Paravey, *Annal de phil. ehret.* t. IV, 4ª serie, p. 162.

quiera de forma, se puede señalar entre el Fetiche y el Dios Lar? ¿En qué se diferencian el jefe de una horda de antropófagos, que se come á un enemigo vencido, y el patricio, que compra vencidos para que combatan entre sí y se maten al fin de los festines (1)?”

Se está viendo: entre las circunstancias que acompañan al sacrificio en la Ciudad del bien y en la del mal, hay completo paralelismo. No lo hay menor en la inspiración misteriosa que lo ordena. Hemos demostrado, que la idea del sacrificio no se encuentra lógicamente, desde ningún punto de vista, en la naturaleza humana. Y sin embargo existe; y existe en todas partes; y existe desde el origen del mundo. Luego tiene otro origen exterior al hombre. En confirmación del raciocinio vienen los hechos.

¿Qué dicen los Anales de la Ciudad del bien, el Antiguo y el Nuevo Testamento? Dicen, que entre la inmensa variedad de sacrificios ofrecidos en la ley mosaica no hay uno siquiera, cuyo orden no haya sido determinado por el oráculo divino. Dicen, que en la ley evangélica el augusto sacrificio, que ha sustituido á todos los sacrificios, es de revelación divina. Dios habló, y el hombre sacrifica. Esto es lo que pasa en la Ciudad del bien.

Por una razón análoga pasa lo mismo en la Ciudad del mal. Satanás habló, y el hombre sacrifica. Su palabra es tanto más cierta, cuanto que el hombre sacrifica á su semejante; y como lo sacrifica en todos los puntos del globo, debe concluirse que la manifestación de la palabra de Satanás ha sido universal: y como lo sacrifica á pesar de la repugnancia más viva de la naturaleza, la palabra de Satanás, ha debido de ser absoluta, amenazadora. Lo sacrifica en todas las partes en que no es adorado el verdadero

1. *El perfume de Roma.*—El nécio pagano.

Dios: el judío mismo, tan pronto como abandona á Jehová, cae en Moloc y le sacrifica sus hijos y sus hijas. El sacrificio humano, por consiguiente, no es ni efecto de la imaginación, ni resultado de una deducción lógica, ni asunto de raza, de clima, época, civilización ó circunstancias locales: es asunto de culto. Así, en la Ciudad del bien como en la del mal, todo sacrificio, descansa sobre un oráculo. También en esto la historia apoya á la lógica (1).

“Los sacrificios humanos, dice Eusebio, deben ser atribuidos á los espíritus impuros que se conjuraron para perdernos. Y no va á ser nuestra palabra, sino la de aquellos que no participan de nuestras creencias, la que rinda homenaje á esta verdad. Ella acusa altamente la perversidad de los tiempos que precedieron, en los cuales la superstición de los miserables mortales, evidentemente estimulados é inspirados por los demonios, habia llegado hasta el punto de renunciar á todos los sentimientos naturales, y creer que aplacaban á las potestades malignas derramando la sangre de los seres más queridos é inmolando innumerables víctimas humanas. El padre le inmolaba al demonio

1. Se ha pretendido explicar el sacrificio humano diciendo: “El hombre imaginó, que cuanto más noble fuera la víctima, tanto más agradable sería la divinidad. Este razonamiento dió lugar al sacrificio humano.” ¡El hombre imaginó! Hé ahí una cosa que se dice pronto. Este razonamiento, ó mejor dicho, esta imaginación supone, que la idea del sacrificio es *natural* al hombre. Mas es o es falso, como lo hemos demostrado. El hombre no ha podido imaginar el sacrificio de un pollo; ¿cómo habrá podido imaginar el sacrificio de su semejante? ¡El hombre imaginó! Pero ¿cuándo le vino esta imaginación? ¿cómo es que se encuentra entre todos los que no adoran al verdadero Dios? ¿cómo es que no se encuentra más que entre ellos? ¿cómo es que desaparece con el culto del gran homicida? ¡El hombre imaginó! En todo esto no hay nada de imaginario, más que el razonamiento de los que, por ignorancia ó miedo á lo sobrenatural, imaginaron semejante explicación.

su hijo único; la madre su hija amada, como si fuese una oveja: Transformando en ferocidad inaudita los sentimientos naturales, se mostraban evidentemente agitados de diabólico frenesí. La historia de los Griegos y los Bárbaros nos ofrece innumerables ejemplos de esto."

La voz de que habla Eusebio es la de los autores paganos. Después de nombrarlos en gran número añade: "Voy á citar otro testigo de la malignidad sanguinaria de los demonios: es Dionisio de Halicarnaso, hombre peritísimo en la historia de Roma y de Italia, el cual, en su libro primero de las Antigüedades, describe en los siguientes términos las grandes calamidades que Júpiter y Apolo atrajeron sobre Italia, porque no les habían inmolado la décima parte de los hombres: Las frutas no maduraban en los árboles: sino que se caían antes de llegar á sazón. En las espigas no llegaba á formarse el grano, ni germinaba la yerba en cantidad que pudiera bastar el pasto de los rebaños. Las fuentes ó se secaban en tiempo de verano, ó no se podían beber sus aguas. Las mujeres ó abortaban antes de tiempo, ó parían los hijos mancos y estropeados. Todos los demás hombres eran también víctimas de enfermedades nuevas y morían en mayor número que antes se hubiera visto.

"En tal extremo consultaron á los oráculos, para saber por qué culpas les venían tales castigos, y qué deberían hacer para verse libres de tantas plagas. El oráculo respondió así: Habiendo obtenido lo que pedisteis, no habeis pagado todo lo ofrecido. Debeis lo principal; si lo pagais, quedareis libres. Efectivamente los Pelasgos y los Aborígenes en ocasión en que la tierra nada les producía, habían ofrecido inmolar á Júpiter y á Apolo la décima de todo lo que naciera. . . . Publicado el oráculo, estaban todos en grande ambigüedad, sin comprender su sentido. Entonces un an-

ciano les dijo: Cierto es, que sacrificamos á los dioses las primicias de todas las demás cosas (1); pero no de los hombres, que son los que más que todo gustan los dioses de que les sean inmolados. Por lo que siempre tendremos encima estas calamidades, como no sacrifiquemos las primicias de los hombres lo mismo que de los otros animales.

"Aprobando unos el discurso del viejo, y considerándolo otros como un lazo tendido contra tantas vidas, se determinó preguntar de nuevo al oráculo, si era voluntad de los dioses que se les sacrificase la décima de los hombres. Y como la respuesta fuera afirmativa, se movió una gran sedición. Pues primeramente, los magnates de las ciudades y lo restante del pueblo se dividieron é hicieron enemigos, por la atroz sospecha de que al hacer estas cosas y designar las personas, usaran de trampa: y así, muchos emigraban, y como los furiosos echaban fuera y eran echados, y muchas ciudades quedaron del todo desiertas y abandonadas. Pues detrás de los hijos que huían de la muerte, se iban los padres que los habían engendrado y los hermanos, y las de los parientes y allegados otros allegados y parientes. Y huyendo de Italia, llenaron la Grecia y la Barbaria, cuya desolación aquejó á Italia no pocos años. Pues los príncipes de las ciudades, ya temiendo sediciones si no cumplían, ya por el deseo de obedecer á los dioses, exigían las primicias de los adolescentes, que llegaban cada año á la mocedad (2)." "Hasta que por fin concluye Dionisio, la raza de los Pelasgos, encontrando intolerable su existencia, se dispersó en remotas regiones (3)."

A este testimonio contentémonos con añadir el de otro

1. Ofrenda de diezmos y primicias, otro rasgo de paralelismo.

2. *Praep. evang.*, lib IV, c. vii.

3. *Multae propterea migrationes, quae Pelasgum gentem variae in terras, longe lateque deportarunt Dion. Halyc. lib. I.*

historiador, no menos grave. "Después de la muerte de Alejandro de Macedonia y del primer Ptolomeo, escribe Diodoro Sículo, los cartagineses fueron sitiados por Agatocles, tirano de Sicilia. Viéndose reducidos al último extremo, sospecharon que Saturno estaba contra e los. Fundábase la sospecha en que, habiendo en los tiempos anteriores la costumbre de inmolar á este dios los hijos de las principales familias, posteriormente se iba introduciendo la de comprar clandestinamente otras que presentaban para ser sacrificados. Hecha una informacion, se descubrió que muchos de los niños inmolados no eran sino hijos supuestos de los oferentes.

Tomando en consideracion este hecho, y viendo á los enemigos acampados al pié de los muros de su ciudad, se llenaron de un terror religioso por no haber dado á sus dioses los honores tradicionales. Para reparar cuanto antes esta omision, escogieron por votacion doscientos hijos de las familias más distinguidas y los inmolaron en un sacrificio solemne, en seguida, aquellos á quienes se acusaba de haber defraudado á los dioses, se hicieron justicia ellos mismos ofreciendo espontáneamente sus hijos. Hubo unos trescientos (1)."

El poder terrible, que exigia el sacrificio de los hijos, mandaba todas las otras prácticas sanguinarias ó obscenas de los cultos paganos. Escuchemos á otro revelador nada sospechoso del abominable misterio. "Las fiestas de las inmolaciones, dice Porfirio, los dias nefastos y consagrados al luto, que se celebran devorando viandas crudas, desgarrándose los miembros, imponiéndose maceraciones, cantando y

1. Primum duidem eximios communibusque lectos suffragiis adolescentes, omnino ducentos, publice inmolant. Deinde vero alii praeterea, qui violotae religionis suspecti vulgo essent ultro sese acisponde obtulerunt, tredientis aud pauciores. Lib. XX.

haciendo cosas obscenas, con clamores, agitaciones violentas de la cabeza y movimientos impetuosos, no se dedican á ningun dios, sino á los demonios para aplacar su cólera y como suavizando la antiquísima costumbre de inmolarles victimas humanas."

"Sobre estos sacrificios, ni se puede admitir que los dioses los hayan exigido, ni suponer que algunos reyes ó generales los hayan ofrecido espontáneamente, sea entregando á sus propios hijos á otros para que los sacrificasen, sea dedicándolos é inmolándolos por sí mismos. Querian ellos preservarse de la cólera y del rabioso enojo de los seres terribles y malignos, ó dar pábulo á los amores frenéticos de esas mismas potencias viciosas, que quieren y no pueden unirse corporalmente á sus victimas. Como Hércules asediando á Oecalia por el amor que tenia á una jóven, así los demonios, fuertes y violentos, queriendo gozar de un alma, embarazada todavía en las ligaduras del cuerpo, envian á las ciudades pestes y esterilidad y hacen surgir guerras y divisiones intestinas, hasta lograr el objeto de su pasion (1)."

No solamente el sacrificio, sino tambien el modo de hacerlo estaba prescrito por los oráculos. Nada prueba mejor la presencia del espíritu infernal, que la manera con que se llevaba á cabo el asesinato abominable de los seres más queridos que tiene el hombre. Habia en Cartago una estatua colossal de Saturno; era de bronce. Tenia las manos extendidas é inclinadas hácia la tierra. A sus piés habia un gran hoyo lleno de fuego. El niño se colocaba en los bra-

1. Et quemadmodum Oecaliam Hercules virginis amore commotus obsedit, ita sævi plerumque ac truculenti dæmones humanæ animæ corporis adhuc vinculis impeditæ consortium expectantes, pestilentiam, ann. næque penuriam civitatibus immittunt, easque bellis ac seditiõibus infestas habent, donec optatis amoribus potiantur. *Apud. Euseb., Præp. evang., lib. IV, c. IV.*

zos del idolo; no habia nada que lo sostuviera y se deslizaba en el hoyo, donde era consumido entre el ruido de los cantares y de los instrumentos músicos (1). Esta estatua homicida existia con nombres diferentes en Oriente y en Occidente, entre los judíos apóstatas y entre los Galos.

1. Di d. Sicul., *Ibid.*, etc., etc.

CAPITULO XXII.

(CONCLUSION DEL ANTERIOR).

SUMARIO.—Existencia de los oráculos divinos y de los satánicos, probada por el hecho de los sacrificios.—Palabras de Fusebio.—Nuevo rasgo de paralelismo.—El Espíritu Santo, oráculo permanente de la Ciudad del bien; Satanás, oráculo permanente de la Ciudad del mal.—Satanás se sirve de todo para hablar.—No se contenta con el sacrificio del cuerpo, en odio al Verbo encarnado, quiere el sacrificio del alma.—Exige infamias é ignominias: pruebas generales.—Cuando no puede matar al hombre, lo destigura.—Tendencia general del hombre á destigurarse físicamente.—Explicación de este fenómeno.—Solo un pueblo es excepcion y por qué.—Otro rasgo de paralelismo: para hacer al hombre semejante á sí, Dios se le muestra en cuadros y estatuas.—Para hacer al hombre semejante á sí, Satanás emplea el mismo medio: lo que predicán estas representaciones.

A no negar toda certidumbre histórica, los dos hechos que se acaban de leer son contundentes contra los que niegan la existencia real de los oráculos. Lo son, no solamente por la gravedad de los autores que los refieren, sino tambien por su conexión con otra multitud de hechos, no menos ciertos. Para conservar la más pequeña duda sobre la existencia universal de los oráculos demoniacos, y sobre la autoridad terrible que sus órdenes tenían, es menester haber adoptado previamente el sistema de negar, de tal modo que raye en estupidez.

¿No descansa toda la historia del mundo civilizado sobre la certidumbre de un hecho satánico? ¿No vemos cien veces en la Escritura las consultas de los oráculos? Estos oráculos ¿no piden cien veces á los Judíos, lo mismo que á